

## El otro Joyce

A William Faulkner, que dió letra a los narradores de nuestra lengua.

Un tal Ferro, según me llegó, escribió *El otro Joyce*. Cada mes de junio, desde que trabajo en el suplemento cultural de algunas de las corporaciones descubiertas, me piden algo sobre la “mítica fecha” (así le llama el jefe de redacción) en que transcurre Ulises. Al fin, me dije, una posibilidad de ser original. Uno de los nuestros escribió *El otro Joyce* y, con la debida licencia periodística, podría decir que era el otro Joyce que se esperaba desde el amague de Leopoldo Marechal. ¿No lo había insinuado Borges en alguna de sus miles de entrevistas?.

Le pagué a un estudiante de letra -uno de esos que cuida no terminar la carrera para seguir en la casa de sus padres- para que trajera más datos.

Sí, me dijo por twitter, existe. Así, con cierto misterio. Tres puntos... al parecer se llama Roberto.

Astuto, no repetía el apellido. Y, en otro mensaje, agregaba: No es biografía, ni ensayo, ni pastiche nacional. Es una novela que arranca en estilo policial.

Dos o tres días después supe que había escrito algo sobre Onetti. La novela policial, más Onetti que aprendió de Faulkner, me hicieron recordar el prostíbulo de Ulises; modelo de sucesivos prostíbulos que aparecen en Vargas Llosa, en el mismo Onetti y en tantos otros. Cuando desaparezcan hasta los de Río Gallegos habrá que copiar prostíbulos de los grandes narradores de América Latina. O bien se comprarán hechos por

*Uno de los nuestros escribió El otro Joyce y, con la debida licencia periodística, podría decir que era el otro Joyce que se esperaba desde el amague de Leopoldo Marechal*

## SABERES COMPARTIDOS

### Un refugio en las tinieblas

por Gastón Pecznik.

Librería Clásica y Moderna, Callao 892.

Libro Recomendado:

#### Huida a las tinieblas

Arthur Schintzler (Austria 1862-1928)

Traducción David Vogelmann

Editorial Losada, 2011.

La una de la mañana. La sombra del ventilador extinguiéndose produce un efecto cinematográfico en la pared. Afuera la noche otoñal. El frío, por fin. Apago las luces y me quedo sentado junto al escritorio escuchando música añeja, the oldest wine, the newest water, the deepest thoughts. Y al final silencio y oscuridad.



Hay un dejo de nostalgia en el aire, aún resuena una melodía persistente, y persiste en mi boca un gusto a ajeno. Es tarde, siempre es tarde. La calle está vacía, una niebla exagerada nubla las aureolas de luz que despiden los escasos faroles. Camino con calma hacia la parada del colectivo. Casi no tengo que esperar. Como surgido de ninguna parte aparece con sus luces rojas y sus ruidos zafios.

Pago el boleto y escojo el asiento más retirado del transporte. Me siento. Considero un milagro que no suene la radio en el autobús, y que todos los pasajeros mantengan un cuidado por la ecología del espacio sonoro. Me acurruco contra los cristales empañados y me cubro con el abrigo. Me abruma los pensamientos del día; los limpio..., lo hago con la facilidad con la que se sacuden las migajas de unas galletas sobre la mesa de la cocina..., eso ya lo he aprendido hace tiempo. No he aprendido aún a silenciar el sordido eco de la alienación. Hecho trizas, no me permito quedarme dormido, estoy por llegar.

En casa me aguardan las últimas páginas de un libro. El tiempo y la perspicacia resurgen. En mis labios se dibuja una sonrisa, la primera del día... sé que lo mejor aún no llega... apuro mis pasos y emprendo mi huida a las tinieblas.

Internet: “Prostíbulo estilo Ulises, mujeres que hacen todo sin globito. Pocas palabras y mucha acción, para novelas hot”.

Al ser de un país que narró la experiencia de la pampa es imposible un Hamlet. O bien podría ser algo frente a la eternidad de la materia, como Martín Fierro, con un dilema entre civilización y barbarie. Civi o Ba, ¿esa es la cuestión?.

Las indias en lugar de las sirenas y el héroe atado al caballo que alcanza a murmurar: “Tira más un pelo...”. Habrá fiestas bárbaras, escaramuzas eróticas y algún dato fuera de contexto, alguna alusión a David Hume, algún ñandú que no viene a cuento. Antiguas municiones de cañones que se oxidan entre la gramilla. Y empanadas.

Mi informante desapareció.

En los últimos años pasé horas de atraso de sucesivos aviones, en diferentes aeropuertos. Tenía Ulises en el bolso de mano, en versión francesa, en el original inglés. Dos traducciones diferentes en castellano. Y diccionarios. Podría estirar la mano, leer dos y hasta tres horas. Pero no. Prefería *La fenomenología del espíritu*, de Hegel. Las obras completas de Proust y hasta la Biblia, con perdón de Dios. Supe que había más de un Roberto Ferro que podrían haber escrito *El otro Joyce*. Fue el primer año que no entregué nada para la “mítica fecha”. Algunos compañeros dijeron que era un acto político contra la corporación, en la que pronto me jubilaría.

Germán GARCÍA

## Wu wei

Adelanto (fragmento) de *La condición de la experiencia*

“Voy a la página despojado de todo aquello que creo saber por anticipado y la página me cuestiona una vez más”. La voz de Néstor Sánchez grave, solemne en su hablar pausado, en entrevista grabada por Marta Gallo en California, 1984. “Cuando el hombre verdaderamente intuye, es decir ilumina zonas de comprensión a las que no tenía acceso antes por las limitaciones de su propia vida, se humildiza, tiende a callar” (cada coma es una pausa, respira)... “Cuando se enfrenta a un conocimiento de índole objetiva, el avatar, digamos así, subjetivo del escritor se conflictúa y de alguna manera el acto de escritura se convierte en una especie de vanidad”.

No tengo página en blanco sino pantalla de laptop cubierta de archivos. No soy libre ni tengo poder (la libertad y el poder como yin y yang: uno dentro del otro en minoría y en potencia). Se precisa poder para desacatar, para ser libre. El poder de librarse de todo, de la religión, de la literatura, de la religión de la literatura.

Claro que es insensato vivir tipeando palabras en una computadora sobre una silla baja desde la que me encorvo sobre la mesa, con la columna en escoliosis, una joroba cada vez más pronunciada, los ojos quemados contra la pantalla para ganarme un euro o un elogio. Claro que la intención de escribir en negro parece más sensata que la de escribir para ganar vida eterna. Puede fallar, pero lo que se pierde siempre es menos que la eternidad. Aun así, qué ridículo el afán, el ajetre por ganar.

Quiero decir: la tentación de hacer otro texto, ensayo o ficción, o ensayo-ficción, para recibir el aplauso de una sola mano o cierta promesa de trascendencia me parece una debilidad comprensible, no un acto de poder o libertad. La trascendencia es otra ilusión que cuando mucho durará unos años, con buena o mala suerte lo suficiente para que aquello que hoy escribo deje de ser entendido por las generaciones venideras, porque el lenguaje habrá cambiado, los soportes también, las tecnologías y los hábitos serán otros, quedarán pocos árboles para tantos libros, poco terreno disponible en el planeta sin tiempo ni eternidad...

Más que eternidad, me gustaría poder quedarme simplemente quieto. Sin hacer. Una vez resueltos los aspectos más básicos de la existencia, comida, techo, pagadas las facturas, o sea cuestiones que implican niveles de obligación, ya que uno ha tenido que obligarse a trabajar, ¿por qué no quedarse inactivo? Bueno, siempre es justificable algún ahorro para emergencias, arreglarse los dientes, por ejemplo (justificación ante la ley: siembre

marihuana para pagarme el dentista). Por eso cuido estas plantas, cinco chicas cada vez más grandes, esbeltas, perfumadas. Les puse estiércol de murciélago que cae todas las noches desde el cieloraso en un rincón de la casa. Alimento para el espíritu.

que a todos los pone nerviosos que uno no esté haciendo nada. ¿Qué hacés, a qué te dedicás, en qué andás en estos días? preguntan. Más que intromisión pública en lo privado, diría que es una exigencia de conformidad, un mecanismo automático del mercado en tanto ideología. Te fuerzan a la exhibición o a la mentira. Si se te ocurre decir que estás escribiendo tal o cual cosa, van por los detalles: ¿trabajás de mañana? ¿tenés horario para producir? Como a una máquina: se te exige producción. La demanda viene de la ciudad, de las visitas. Por lo menos en la isla nadie pregunta, no sólo por la poca gente que vive aquí sino porque sería indiscreto. Los isleños tienden a evitar esos interrogatorios. Cómo uno le va a preguntar a alguien a qué se dedica. Qué va a decir el otro: “Ando robando unos motores de lancha para vender, poca cosa...”. Imposible. Mejor una mentira.

Hay dos preguntas que detesto: “¿qué estás escribiendo en estos días?” y/o “¿estás escribiendo?” No. Nada. Pero ni siquiera así se evita tener que desarrollar algún planteo, construir un mínimo de sentido. En realidad esa nada tiene plenitud, está llena de pequeñas actividades, mínimos acontecimientos, problemas diversos: uno respira, se tiende cuando está cansado, se estira cuando está cansado de descansar, siente hambre o sed, debe ir a tomar agua o a comer algo: ya está en movimiento, pero es un movimiento diríase “natural”, inevitable. O sea, uno se rinde ante las demandas del cuerpo. Sin contar las múltiples actividades de cualquier existencia, cambiar un cuerito en la canilla que gotea, regar las plantas o llamar por teléfono a un amigo. Decía Roland Barthes en alguna entrevista: dado que hoy estaríamos imposibilitados de un no hacer en modo absoluto, la pereza consistiría en cortar el tiempo, diversificarlo, llenarlo de pausas y de acciones diferentes. Pero aspiramos a otro no hacer, al verdadero. Al que describe Allen Ginsberg en el poema *Cabin in the woods*:

“Sentado sobre el tronco de un árbol con media taza de té.

El sol cae detrás de las montañas

Nada que hacer”.

Yo no veo montañas desde mi casa en el delta pero este es más o menos el espíritu en que me encontraba cuando decidí abandonar la idea de hacer otro proyecto, de terminar otro texto. Fue hace un par de meses, al comienzo del verano; ahora ya no estoy en el mismo estado de ánimo. Ahora estoy aquí sentado tipeando palabras sobre el no hacer.

Oswaldo BAIGORRIA



En el tren  
Nora MARTÍNEZ

En letra de Javier Martínez y versión de Pappo: “Un jardín y mis amigos/ no se pueden comparar/ con el ruido infernal/ de esta guerra de ambición/ para ganar o empatar/ prefiero sonreír/ mirar dentro de mí/ fumar o dibujar/ para qué complicar”.

Pero siempre hay que estar defendiéndose de algo. Parece que hubiera una demanda de actividad, que viene desde el propio interior pero sobre todo del exterior; un nerviosismo, agitación, como



## La autopista

Asomado al balcón puedo acariciar el guardrail. Es que este edificio no tendría que estar acá, no sé qué pasó, dicen que para cuando se avivaron y mandaron a una cuadrilla a demolerlo ya venían del otro lado armando la autopista y medio que lo esquivaron. Sí, lo esquivaron porque si uno se fija bien la carpeta asfáltica se curva -mínimamente- justo cuando pasa por mi balcón. Es un edificio bajo, un PH de tres plantas. Yo vivo en la de arriba de todo.

Tomo mate en el balcón y me gusta el viento que levantan los autos cuando pasan a toda velocidad por al lado mío. Todos los días, aunque llueva, salgo al balcón. Y en este tiempo he descubierto que lo que al principio me parecía una vorágine azarosa de autos no lo es en absoluto. Hay un ritmo, una secuencia que a la larga se repite y que apenas es alterada por algún conductor ocasional que se equivoca el camino, por algún accidente, pero incluso esos sucesos que parecen extraordinarios no llegan a

romper el orden.

A las cinco y cuarto de la tarde -los lunes, miércoles y viernes- pasa Laura, pero la veo de lejos porque a esa hora va para el otro lado. A las siete y veintitrés es que la tengo cerca, aunque ya cuando son y veintidós la veo venir en su Megane rojo. No hay tantos autos rojos, la mayoría son negros o grises, plateados, azules y blancos, le siguen sí los rojos, pero estos últimos son una minoría entre los más numerosos. Después están los verdes en sus distintas gamas -con predominio de los tonos oscuros- y más lejos les siguen los ocre, marrones y amarillos (que conforman un único grupo). El Megane rojo de Laura es inconfundible porque tiene un rayoncito en el paragolpe derecho, un detalle que solamente vemos nosotros, ella y yo. Cuando pasa me asomo, me estiro y ella baja la velocidad a setenta. Al principio sólo me miraba, después empezó a saludarme y de a poco se fue animando a charlas más íntimas. Hemos

elegido los viernes como nuestro día, nuestro momento, como dice ella. Y a las siete y veintidós -pasa un C3 azul, un Gol plateado, un Uno negro, tuneado- yo me despliego, me dilato, el tronco fuera del balcón, el brazo listo. Y ella baja la velocidad y la ventanilla y asoma la mejilla, o una mano. Y veintitrés, los viernes, nos tocamos.

No hay secretos entre Laura y yo. Sé que tiene un amante que se llama Omar, que los lunes, miércoles y viernes sale corriendo del trabajo para ir a verlo y que vuelve rápido para no despertar sospechas en su casa. Vuelve rápido, pero cuando pasa por mi balcón baja la marcha y me habla, me dice que me extrañó, le digo que pensé en ella todo el día. Largalo, Laura, largalo a Omar, le pedí, le rogué. Y ella, en una demostración de amor incuestionable, me ha dicho una y mil veces que no, que jamás va a dejar de hacer ese camino.

**Yanina BOUCHE**

## Hechos privados

Esteban estaba convencido de que Julia le era infiel. Tenía ese pensamiento desde que su mujer comenzó a salir a horas extrañas, por ejemplo, durante la siesta. Le decía con soltura “mi amor, voy a dar una vuelta por el centro y vuelvo”. Esteban no dejaba de pensar en Julia, en lo que hacía, con quién estaba.

Lo que él no sabía es que su mujer paseaba o miraba vidrieras. A veces se compraba ropa, algo de lencería, maquillajes. Pero sus preferidos eran los libros. Entraba a dos o tres librerías, compraba varios a la vez y se sentaba a tomar un café con coñac en el bar de la esquina de Colón y Cañada.

Julia pensaba que Esteban era fiel. A ella no le molestaba que él regresara después de la una de la noche. Él le explicaba que “aumentaron las demandas por maltrato laboral y no damos abasto”.

Hace más de cinco meses que Esteban decidió vengarse y comenzó a tener un affaire con la secretaria de su estudio. Maribel se reía sin motivos, la piel olía a aceite de almendras y no era expeditiva en el trabajo. Cuando se encontraba con su amante, Esteban sólo pensaba en su mujer y en los expedientes que se acumulaban en

la oficina.

Julia no dejaba de comprar libros. Fue así como primero llenó la biblioteca, después el comedor hasta que la cosa avanzó hasta la cocina y el baño de servicio. Perdió interés por las actividades de la casa y por las reuniones con sus amigas. Apilaba los libros a diferentes alturas. Cambió las mesas de luz por tres pilas de quince libros, ya para el televisor necesitó como cien. Inventaba con ellos formas extrañas: una mesa ratonera para el living, libros en collage colgados a cada lado del pasillo. Algunos los usaba como apoya vasos y unos pocos como anotador al lado del teléfono. A medida que Esteban regresaba a su casa más tarde, Julia aprovechaba a leer durante más tiempo.

Ahora son las tres de la mañana, me estoy durmiendo, y Esteban está borracho. El último fondo blanco de la botella lo dio después que me contó que: decidió dejar a su amante, volver a dormir al lado de Julia, y ponerse al día con el trabajo. Esos eran sus planes antes de pedirme que le alquile una habitación en la pensión porque los libros y los expedientes no lo dejaron entrar.

**Laura GIBILARO**

Año V - Junio 2011 - Número 59  
Muestra gratis

web: [www.odradek.com.ar](http://www.odradek.com.ar)  
blog: [www.odradek-odradek.blogspot.com](http://www.odradek-odradek.blogspot.com)  
correo: [domiciliodesconocido@odradek.com.ar](mailto:domiciliodesconocido@odradek.com.ar)

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*  
- *Odradek- dice él.*  
- *¿Y dónde vives?*  
- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

*Franz Kafka*

## La historia del Maldonado

Don Martín, el vecino, visto desde aquí, que ni lo veo ni lo miro, parece un pájaro posado delante de su puerta, sentado en el umbral y con las patas flacas, separadas, apoyada una en el primer y último escalón, la otra directamente en la vereda. No sé cómo no tiene frío, las baldosas están húmedas, el sol pasó hoy temprano. Sin embargo, de vez en cuando una luminosidad esboza lo que en alguna época del año pudo haber sido un rayo y ahora es una línea que cae transparente, flácida, hasta el hueso blanco y redondo de su rodilla. Insiste en usar ese pantalón corto, don Joaquín -o Martín, ahora entré en la duda-, ni gris ni beige, con múltiples bolsillos para cargar boletos de colectivos que encuentra al lado del árbol. Suele guardar también papeles de golosinas que dobla primero en cuatro y, aplastados, ni siquiera clasificados por color, los coloca en el bolsillo trasero, para lo que tiene que hacer una torsión que lo hace sentir ágil. Se envalentona don Martín -o Joaquín-; más de uno lo vio pegar un salto para salir de esa posición, quedar dando vueltas, con los giros y suerte que podría tener un dodecaedro, dañando un poco el aire, las adyacencias de la atmósfera casi a nivel del piso, y salir él sin un rasguño. Incluso una vez, en un intento por volver a sentarse como estaba, llegó a

volar un poco, no sé quién dijo por ahí, sobrevoló por unos breves segundos, tan cortos, que no alcanzó a darse cuenta. Le quedó una sensación de hambre después. No de sed, de hambre. Pero se le fue rápido, como si no le hubiesen venido ganas nunca, de nada. Le pasa eso a don Martín (¿don Martín era? No importa): que no le duran mucho las ideas, ni ninguna otra propuesta de su mente o de su cuerpo; le aparecen como un sonido sordo, algodónado, como los gritos de las cotorras que pasan en bandada, lejos, y le garronean la atención, se la llevan un rato y la arrojan desde arriba, se la devuelven rompiéndola en pedazos que quedan colgados de las copas ralas, de los cables.

Lo único que siempre tiene en un primer plano, de forma permanente, es una versión canturreada de cuando entubaron el Maldonado. Es una historia entre mil historias, cuyas todas también, que fueron desvaneciendo en manos de otra gente y él las fue juntando. Y cuenta una o cuenta otra, según. De todos modos se trata de relatos que envejecieron al mismo tiempo y tal vez, entonces, suenan todos iguales.

**Nora MARTÍNEZ**

## Ha vuelto Ulises

Me habían hablado mucho de la movida cultural de la ciudad de Cuernavaca. Por otra parte yo recién había terminado de leer el Ulises de Joyce por segunda vez, y era un 16 de junio, el día Bloomsday, en que se homenajea en el mundo a la obra y a su autor, así que no fue extraño que se despertara mi curiosidad al recibir el volante que invitaba a ver “Ha vuelto Ulises”, adaptación del grupo La Furia de Blas sobre una obra teatral de Salvador Novo.

Debería haber sospechado de qué podía ir la cosa cuando se citaba al público para las cinco de la tarde, no lo hice.

Ulises era un simpático toro, o bien podríamos decir dos hombres de corta estatura, seguramente mexicanos, uno de pie y el otro agachado detrás del primero, haciendo de toro con el expediente de cubrirse ambos con una tela marrón, y tocarse el erguido la cabeza con una máscara que remedaba la cara taurina rematada en sendas guampas blancas confeccionadas con papel maché.

Ulises era acosado por la oveja Molly, que intentaba conseguir los favores del animal. Molly estaba interpretada por una actriz ataviada con un frondoso vestido de lana blanco.

*Debería haber sospechado de qué podía ir la cosa cuando se citaba al público para las cinco de la tarde, no lo hice.*

Mientras el toro abusaba de los monólogos interiores bufando al tiempo que frotaba una de sus patas delanteras contra las tablas del

proscenio, Molly hilvanaba otro monólogo que más se asemejaba a una catarata de “meeeés”, que es como se supone que hablan las ovejas. Hasta que Ulises hizo mutis por el foro y llegaron al escenario Esteban y Leopoldo, que, de seguro, por el porte y lo sudados, se trataba de los mismos actores que constituían al toro Ulises. A partir de ese momento todo fue malabares y caídas, chanzas y chacota que por lo general no llegué a comprender. El público, integrado por dos señoras mayores que roncaban con efusión mientras tres niños que seguramente serían sus nietos corrían por el patio de butacas, y yo, reaccionaba, entonces, de distintas formas a lo que se estaba representando.

Algunos minutos más tarde la oveja Molly ocupó el frente del escenario mientras Leopoldo y Esteban corrían tras bastidores para regresar en la piel de Ulises, el toro. Entonces una voz en off gritó “Ulises ha vuelto” y las luces de la sala se encendieron pero yo ya estaba muy lejos de Dublín, de Grecia y de Cuernavaca.

**Roberto GÁRRIZ**